

Pasión, muerte y resurrección

Cada uno de tus pasos, cada pausa, cada giro y cada instante de apresurar o ralentizar tu ritmo al andar, urden un tejido de experiencias fortuitas y venturosas en el Camino. Esto, pero, sucede si dejas que sea el Camino el que te recorra y abra puertas y ventanas de tu ser, que habías ignorado o incluso ocultado a ti mismo. Tu cuerpo se convierte en una geografía de narrativas que van quedando expuestas sobre la superficie de tu piel, a medida que atraviesas la topografía de la ruta jacobea; y entonces, con cada paso hacia Santiago, los pliegues de tu historia personal empiezan a temblar y a quebrarse agrietados por un seísmo contundente. Como en todo terremoto, aquello que era, cae desmoronado en los surcos de tierra fracturada; así también, aquellos aspectos de tu personalidad carcomidos por tus angustias y pesares se desploman. El Camino no resuelve tus problemas, pero, te retorna a tu “yo” más auténtico, aquel/aquella con la capacidad de reconocer lo verdaderamente importante en tu vida. El peso de tu mochila se convierte en metáfora: lo que llevas sobre tu espalda permite, o no, de manera literal y simbólica, que tu andar sea ligero. Entre menos carga lleves, física, espiritual y emocionalmente, más suave se hace tu andar en el Camino y en la vida.

He hecho el Camino seis veces en seis años consecutivos desde el 2015 –siempre el Camino Francés a partir de Saint Jean Pied du Port. Esto significa que cada vez he caminado de un tirón unos mil kilómetros hasta Santiago. No tengo tatuajes y seguramente nunca me haré uno; pero afirmaré de mí, que llevo el Camino tatuado en mi alma desde siempre. Mi primer Camino lo hice en agosto de 2015, por casualidad. Me había quedado sin trabajo aquel verano que sería recordado en Europa por la así llamada crisis de refugiados. Más que la angustia de no tener ingresos, lo que tenía era un gran cansancio. Trabajaba en una empresa que atravesaba un momento de transición. Había una pesadumbre general por el cambio de estrategias y el nombramiento de nuevos cargos de mando. Se respiraba en el ambiente ese miedo “normal” de empleados preocupados por su puesto y su supervivencia diaria. Ese afán de competir y ponerse por encima de los otros para que tus jefes te “vean” nunca me interesó, así que sentí un gran

alivio de que mi contrato temporal no fuera renovado. Vivía en Madrid desde hace solo dos años, había llegado de Berlín por una casualidad del destino.

Al quedarme sin trabajo pasé dos semanas debatiendo conmigo misma sobre si retornar a Alemania, o ir a otro país en Europa. Antes de tomar esa decisión, primaba darme unos días de respiro. Alguien me sugirió ir a Galicia.

Mientras buscaba en Internet pueblos gallegos en medio de la naturaleza, las palabras “Camino de Santiago” llegaron a mi mente, no sé cómo, ya que nunca nadie me había hablado del Camino. Busqué información en Internet, y en menos de una semana prepararé mi mochila, llamé a mi casero y justo el día de mi partida, entregué las llaves de la casa donde vivía y me encontré en la calle solo con mi mochila de peregrina. La frase “las cosas pasan por algo” resulta fastidiosa en ciertas circunstancias, y en otras, muy acertada. Si miro hacia atrás en el tiempo y uno todos los golpes de “suerte” o “infortunio” que he vivido, concluyo que absolutamente todo ha ocurrido para que yo estuviera en Madrid en 2015 “lista” para escuchar la “llamada” del Camino. Sí, la palabra que se ajusta a mi experiencia, es que he sido “llamada” para peregrinar hasta Santiago.

Mi primer Camino fue un (re-)descubrimiento de mi misma y de experiencias que con el paso del tiempo han ganado fuerza simbólica. Esto no significa que todo fue fácil en esa primera vivencia de peregrina. Los dos primeros días temí que no tendría la fuerza física y mental para caminar tantos kilómetros durante tantos días. Pero después de la primera semana, las agujetas desaparecieron y mis piernas me llevaron ligera. No me salieron ampollas. He sido bailarina profesional y de niña nadaba en competencias en la liga regional de natación. Tengo años de formación en la escucha de mi cuerpo y creo que eso me ha servido para que no tuviera ninguna dolencia física durante mi peregrinación a Santiago.

El tema de la escucha representa otra de las metáforas del Camino. Quien no ha desarrollado una auto-escucha corporal, apoya mal los pies al andar, camina con una postura que no le da el soporte necesario para sobrellevar el ritmo por varios kilómetros. Y así también sucede en la sociedad en la vida diaria: si no escuchas tu propia voz en medio del ruido de afuera, y te identificas y ajustas a los ideales, los miedos y las expectativas de otros, no tienes una estructura

interior que respalde las decisiones que tomas. El Camino te da la posibilidad de practicar esa auto-escucha y toma de decisiones. Al peregrinar a Santiago puedes parar o seguir, elegir dónde hacer una pausa, caminar solo, hablar con alguien. Todas estas decisiones simples que no están saturadas de la complejidad de la vida diaria en el mundo fuera del Camino, te permiten ejercitar la escucha de tu voz interior. El resultado es satisfacción. Cuando acaba el día, has apilado intervalos de tiempo en los que has vivido de acuerdo a lo que querías, necesitabas y podías. Esto incluye también el no perder de vista tu objetivo. He visto personas que se han lastimado el tobillo o la rodilla al poco tiempo de haber iniciado a caminar y que se han recuperado relativamente pronto y milagrosamente— no hay otra palabra para describirlo— porque la certidumbre que han tenido de seguir adelante a pie hasta Santiago, se ha convertido en su fuerza e incluso instrumento de sanación.

Recuerdo una chica belga muy ensimismada que un día de lluvia bajó y subió las cuestas desde Zubirí a Pamplona con sandalias con una suela de madera lisa y delgadísima. Guardo aún su imagen en mi memoria porque me sorprendió mucho que alguien llevara semejante calzado en pleno monte bajo la lluvia. Cuando la volví a ver unos días después en Burgos, cojeaba, y me comentó que su tobillo izquierdo estaba lesionado. No la volví a ver sino hasta llegar a Cebreiro. Esta vez, pero, no cojeaba más y su paso era fuerte y veloz. Hablamos un poco y me contó, que en un pueblo en las mesetas, había llegado ya tarde a una cafetería, y allí un hombre viejo que parecía del pueblo, le preguntó por qué cojeaba, ella que no hablaba español, dio a entender que tenía el tobillo lastimado ya hace unos días. Manon, así era el nombre de la chica, concluyó su relato diciéndome: “Yo no creo en Dios, no sigo ninguna religión, pero ese hombre viejo me dio esta estampa de la virgen que llevo desde entonces aquí colgada en mi muñeca. No sé cómo ni por qué, pero desde que tengo esto puesto, el dolor empezó a desaparecer hasta que se fue por completo”. Me lo contó con una gran sonrisa y con los ojos incrédulos, como si a ella misma le costara aceptar lo que decía. He visto y escuchado varios casos como el de Manon. No sé si son milagros todos, pero parece, que las dolencias les han servido a estos peregrinos y peregrinas a atravesar un portal de entendimiento, como si el dolor sirviera como umbral para comprender una parte fundamental de sí mismos; si bien las dolencias están ligadas a un mal hábito, como llevar peso de más en la mochila, o apretar mucho

el paso, suelen contener otro significado de carácter psicológico, anímico. Por el contrario, también he visto “peregrinos” que a la menor molestia toman el bus y así llegan a Santiago, sin darse la oportunidad de descubrir en la escucha atenta de sus cuerpos y experiencias, lo que el Camino hubiera podido decirles.

Existe un dicho de que el Camino Francés está dividido de manera simbólica en tres partes: la primera desde Saint Jean Pied du Port hasta Burgos, la segunda desde Burgos hasta León y la última desde León hasta Santiago. A la primera parte se le asigna la cualidad de ser una fase introductoria; a la segunda se le atribuye la función de catarsis o purga, y la tercera corresponde al proceso de re-configuración de la información, siendo esta parte ya más ligera para el cuerpo y los ánimos.

En Santiago, en la Iglesia de la Virgen del Camino, una monja hizo una reflexión similar. Aunque no dividió el Camino de manera geográfica, su análisis del Camino también comprende tres momentos: Pasión, Muerte y Resurrección. Estos tres momentos de la vida de Jesús, son aplicables incluso para el Camino de los y las peregrinos/ peregrinas no creyentes. Yo podría afirmar sin exagerar, que todas las personas que he conocido peregrinando a Santiago desde Saint Jean Pied du Port, han dicho que reconocían una primera fase de iniciación en el Camino, como habituarse a las jornadas, a dormir en los albergues y superar los dolores físicos; una segunda parte de confrontamiento personal que puede ser bastante pesada y fatigosa; y una última parte en la que “ven la luz al final del túnel”, ya que –incluso sin planteárselo– han encontrado respuestas a situaciones importantes de su vida y físicamente sus cuerpos, ya habituados a la marcha, se encuentran fuertes y más ligeros.

Pasión, muerte y resurrección. Como mensaje para la vida diaria, aquella monja usó la misma alegoría para el diario vivir: afrontamos cada jornada con sus altos y sus bajos en nuestros trabajos y con las personas que nos rodean, algunos días pueden ser más o menos arduos; llega la noche y al dormir, vivimos una pequeña muerte de la que resucitamos al siguiente día como a una nueva vida. Abrigar la esperanza de que todo “irá bien”, más que un acto de fe se trata de recordar que cada día nuevo es como tener toda una vida nueva por delante para hacer de ella, como si se tratase de una etapa del Camino, lo mejor que podemos.

“Yo soy el Camino, la verdad y la vida”, también esta frase compuesta de tres comprende otra metáfora de la peregrinación a Compostela y para cada día: creyente o no creyente, quien se escucha y se respeta a sí mismo, se mira al espejo con franqueza y amor, gana la esperanza para levantarse cada día con un nuevo aliento.

En el llamado “mundo real”, varios de mis conocidos que nunca han peregrinado hasta Santiago, me preguntan por qué no hago “senderismo” en otro lugar, “habiendo tantos sitios interesantes para hacerlo”. En vano resulta explicarles que no es lo mismo hacer el Camino que subir los alpes suizos. Hay quien dice que la magia del Camino (y especialmente del Camino Frances) consiste en que con el paso del tiempo la ruta se ha “cargado” de la energía de cientos de miles de peregrinos y peregrinas, y que es esa energía o la magia que sentimos. Los más “esotéricos” hablan de “portales del tiempo y de energía” en diferentes puntos de esta ruta milenaria. Personalmente, mi experiencia ha sido que nunca en ningún lugar he sido tan feliz, y, sin creer o creyendo en la reencarnación, sí he sentido como algo dentro de mí resuena con los lugares del Camino. Nuevamente, debo concluir que para mí se trata de que he sido “llamada” para peregrinar a Compostela. Y me atrevo a decir que no todos son llamados a hacerlo. Para quienes lo hemos hecho, quedamos marcados por esta experiencia para siempre.

Para concluir, debo compartir lo siguiente. Empecé este escrito relatando que mi primer Camino fue en agosto de 2015 cuando miles de refugiados llegaban a Europa huyendo de la guerra. Warsan Shire, poetiza británica de origen somalí, escribe en su poema “Casa”: “Nadie se va de casa hasta que la casa es una voz sudorosa en el oído que dice: vete, huye de mí ahora; no sé en qué me he convertido pero sé que cualquier lugar es más seguro que aquí”. Consciente de que el caminar de los refugiados era, y es, muy diferente del caminar de los peregrinos, me sorprenden estas similitudes: todos y todas caminábamos con lo apenas necesario para sobrellevar el viaje, y todos y todas llevábamos también un peso emocional o moral sobre la espalda. Puede que esta comparación sea osada y atrevida, sin embargo, al entrar a Santiago por la puerta del Camino se lee sobre las piedras en varios idiomas: Europa fue construida peregrinando a Compostela.